

# PEREGRINAJES

Antología poética 1965-1996

Hugo Gutiérrez Vega



PUERTABIERTA  
EDITORES

La poesía de Hugo Gutiérrez Vega se sustenta en la desnudez de las palabras, la claridad sintáctica, la precisión semántica y el uso de un lenguaje conversacional con el que configura una voz clara, pausada y cercana, que habla de la nostalgia, el tiempo y lo cotidiano, con una pizca de humor desparpajado e irónico. Es una poesía de claroscuros, para leerse a media voz. Su ritmo, su respiración, fluye sin tropiezos; su tono, suave y sostenido, anega el corazón de quien la escucha, de quien la lee, hasta saciarlo.

Hugo Gutiérrez Vega (Guadalajara 1934) ha obtenido los mayores reconocimientos que se otorgan a un escritor en México: el Premio Nacional de Poesía Aguas-calientes (1975), el Premio Jalisco en Letras (1993), el Premio Nacional de Periodismo (1999), el Premio Iberoamericano Ramón López Velarde (2001), el Premio Xavier Villaurrutia (2002) y el Premio Nacional de Ciencias y Artes en la categoría de Lingüística y Literatura (2013), entre otros; es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y del Seminario de Cultura Mexicana, diversas naciones le han otorgado galardones y ha sido objeto de homenajes especiales, entre ellos, de la Universidad de Guadalajara (2014) y del Instituto Nacional de Bellas Artes (2014). Además, su poesía llega a un mayor número de lectores, se editan antologías de su obra, se publica una parte importante de sus ensayos y su escritura es reconocida por el tono inconfundible que le imprime.

 **CONACULTA**

DIRECCIÓN GENERAL  
DE PUBLICACIONES



**PUERTABIERTA**  
EDITORES

---

*Colima, Capital Americana de la Cultura 2014*

---



# PEREGRINAJES





# PEREGRINAJES

Hugo Gutiérrez Vega

Antología poética 1965-1996

 **CONACULTA**

DIRECCIÓN GENERAL  
DE PUBLICACIONES



**PUERTABIERTA**  
EDITORES

## *Peregrinajes*

Primera edición, 2014

Coedición:

Puertabierta Editores, S.A. de C.V.

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Publicaciones

D.R. © **Hugo Gutiérrez Vega**

D.R. © **Jerónimo Uribe Clarín**

Sobre la obra que ilustra la portada

Título: *Don Hugo*

Técnica: *Óleo sobre tela*

Tamaño: *114x162 cm*

D.R. © 2014, **Puertabierta Editores, S. A. de C. V.**

Ma. del Refugio Morales No. 583, Col. El Porvenir, Colima, Col.

*www.puertabierta.com.mx*

D.R. © 2014, **Consejo Nacional para la Cultura y las Artes**

Dirección General de Publicaciones

Avenida Paseo de la Reforma 175, Col. Cuauhtémoc

C.P. 06500, México, D.F.

*www.conaculta.gob.mx*

ISBN: 978-607-516-742-8

---

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

---

Impreso en México / *Printed in Mexico*

# Los *Peregrinajes* del poeta

*Jorge Souza Jauffred*

Aunado a la celebración de su ochenta aniversario, en 2014, Hugo Gutiérrez Vega (Guadalajara 1934) ha obtenido los mayores reconocimientos que se otorgan a un escritor en México: el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes (1975), el Premio Jalisco en Letras (1993), el Premio Nacional de Periodismo (1999), el Premio Iberoamericano Ramón López Velarde (2001), el Premio Xavier Villaurrutia (2002) y el Premio Nacional de Ciencias y Artes en la categoría de Lingüística y Literatura (2013), entre otros; es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y del Seminario de Cultura Mexicana, diversas naciones le han otorgado galardones y ha sido objeto de homenajes especiales, entre ellos, de la Universidad de Guadalajara (2014) y del Instituto Nacional de Bellas Artes (2014). Además, su poesía llega a un mayor número de lectores, se editan antologías de su obra, se publica una parte importante de sus ensayos y su escritura es reconocida por el tono inconfundible que le imprime; todo ello significativo para su tarea como creador.

En esa trayectoria de más de medio siglo, su esposa Lucinda Ruiz Posada ha estado a su lado. Hace unos meses, con un toque de humor, reveló que el poeta “tiene dos nombres: Hugo y Jesús”, así como “dos fechas de nacimiento: el 11 y el 20 de febrero; cuando nació y cuando lo registraron”. En el reciente homenaje tributado en el Palacio de Bellas Artes, ella tomó la palabra y, emocionada, le agradeció “por haberme adentrado en la poesía y conmovirme con la tuya y la de otros; gracias por estos 54 años juntos, con nuestro amor y desamor, gracias por nuestras hijas”.

Un homenaje más, desde Colima esta vez, lo constituye esta edición de *Peregrinajes*, coordinada por Salvador Silva Padilla, y Miguel Uribe Clarín, apoyada por el CONACULTA. Se trata de una antología que tiene el propósito de difundir su obra y llevarla a las manos del lector. En sus páginas se ha recogido una selección de sus textos más conocidos y apreciados. El tono y los matices líricos de este libro son parte de la propuesta estética de Hugo Gutiérrez Vega, uno de los poetas mayores de la lengua.

## Un tapatío de Lagos

Nació en Guadalajara, con raíz familiar en Lagos de Moreno, Jalisco, la pequeña ciudad donde vivió de niño y que fue cuna de escritores de la estatura de Agustín Rivera (1824-1916), José Rosas Moreno (1838-1883), Mariano Azuela (1873-1952), Carlos González Peña (1885-1955) y el poeta Francisco González León (1862-1945). Sobre este último, Hugo suele contar una anécdota: dice que cuando apenas tenía diez años le preguntó: “Señor ¿es cierto que usted es un poeta?”, y aquel boticario cuyo libro *Campanas de la tarde* fue prologado y editado por su amigo Ramón López Velarde, posó la mano en la infantil cabeza y mirando a los ojos al chiquillo, le respondió: “sí mijito, pero ya no lo vuelvo a hacer”.

La semilla de la poesía quedó sembrada en su corazón, y la obra del escritor laguense se convirtió para él en objeto de placer y estudio. Por eso, con frecuencia escribe o charla sobre González León y recita los versos en los que habla de aquella novia colegiala y de:

Sus manos, lenidades de paloma,  
sus manos escolares que me empené en besar;  
sus manos que exhalaban el aroma  
de un lápiz acabado de tajar



O los que dedicó a aquella:

Sor Asunción  
que bajo la toca  
lleva una boca  
en forma de corazón.

Esa misma boca de:

Corazón que es dilución  
de una escala cromática:  
(el color del labio superior es sonrosado  
y rojo ultrasanguíneo el inferior).

Un eco lejano de esos renglones aparecen en “Anatomía labial” de Gutiérrez Vega:

Sólo pienso en tu boca.  
[...] El labio superior, delgado, se encarga de los rechazos.  
El inferior, sangrante, es el hospitalario, y a veces enloquece y adquiere una lenta sabiduría, convertida en sensación de quemadura [...]

En su juventud en Guadalajara, la inquietud social condujo a Hugo a militar en favor de las causas de los desprotegidos. Era entonces otro PAN, humanista e inteligente, en el que participó hasta que, finalmente, fue expulsado por sus ideas sociales. Poco antes, en su carácter de activista de la oposición, había sido encarcelado algunos días durante el gobierno de Agustín Yáñez, quien finalmente intervino y lo liberó del castigo.

Partió a la Ciudad de México, estudió Derecho en la UNAM y bajo el estímulo del poeta y diplomático José Gorostiza, comenzó una larga carrera en el Servicio Exterior Mexicano, que lo llevó a desempeñarse como consejero cultural en Roma, Londres, Madrid y Washington; embajador en Grecia; concurrente en Líbano, Chipre, Rumania y Moldavia; así como a realizar trabajos especiales para la UNESCO en

Irán y la Unión Soviética, y fungir como cónsul general de México en Río de Janeiro, Brasil, y en San Juan, Puerto Rico. Gutiérrez Vega cuenta que alguna vez preguntó a don José por qué guardaba silencio tras escribir un poema como “Muerte sin fin”, a lo que el integrante de Contemporáneos respondió: “¿Usted cree que se pueda escribir un poema después de decir cincuenta veces al día: reitero a usted las seguridades de mi más atenta y distinguida consideración?”. Y a su vez, Gorostiza, quien creía en el futuro poético de aquel joven, le recomendó que escribiera al menos un verso al día “para no perder el pulso poético”.

El largo periplo diplomático que vivió Gutiérrez Vega a partir de entonces enriqueció su mirada, fortaleció su cultura y le permitió conocer artistas y obras de relieve. En su poesía, los recuerdos de sus viajes se manifiestan como imágenes nítidas y transparentes, impregnadas por la intensidad de lo vivido; abundan las referencias históricas, geográficas, artísticas, literarias y hasta cinematográficas, así como las atmósferas y paisajes cautivantes. Ahí están plasmadas regiones tan lejanas y exóticas como Moldavia, ciudades imposibles como Samarcanda, naciones imperiales como Inglaterra, países míticos como Grecia y sitios cálidos y únicos como Brasil:

Este Brasil que el alma me ilumina,  
y me duele,  
y me sangra,  
y me da vida.

El poeta, además, ha sido un destacado académico, maestro de tiempo completo en las facultades de Filosofía y Letras, y de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, así como catedrático invitado por instituciones de una decena de países. Dirigió la *Revista Universidad de México* y, desde hace quince años, es director de *La Jornada Semanal*, suplemento cultural que reúne colaboraciones de las mejores plumas literarias, sin ser del todo ajeno al acontecer político ni a los reclamos so-

ciales. En ese sentido, el poeta, lejos de confinarse en la torre de marfil de su prestigio, ha asumido una postura digna, de denuncia, ante la injusticia.

## Un poeta libresco

No sólo González León está en su biblioteca. Otros poetas “provincianos”, como Ramón López Velarde y Alfredo R. Placencia, sobre quienes ha escrito esclarecedores ensayos, han sido motivo de su atención y estudio. Más allá de estas preferencias, sus lecturas y su conocimiento de la poesía son inagotables. Marco Antonio Campos lo ha calificado como un autor “libresco”, y con razón. Hugo conoce desde joven a los Clásicos, a los autores del Siglo de Oro español, a los Románticos, a la Generación del 27, a los Contemporáneos; se ha acercado a los grandes poetas de América Latina, particularmente a Borges y a Neruda (con quien viajó siendo joven, y de quien cuenta, ayudó a cargar su maleta); cultiva y traduce con excelencia a los poetas griegos; se interna en las líricas inglesa, francesa y estadounidense, recorre la orografía poética internacional con la seguridad de un erudito y cultiva innumerables amistades literarias. Por eso, su poesía remite a numerosas referencias, y en los breves ensayos que aparecen cada domingo bajo el título de “Bazar de asombros”, en *La Jornada Semanal*, abundan las citas, los nombres, los datos culteranos.

Sobre esa base, Gutiérrez Vega elabora una poética que se sustenta en la desnudez de las palabras, la claridad sintáctica, la precisión semántica y el uso de un lenguaje conversacional con el que configura una voz clara, pausada y cercana, que habla de la nostalgia, el tiempo y lo cotidiano, con una pizca de humor desparpajado e irónico. Es una poesía de claroscuros, para leerse a media voz. Su ritmo, su respiración, fluye sin tro-

piezos; su tono, suave y sostenido, anega el corazón de quien la escucha, de quien la lee, hasta saciarlo.

Martín Heidegger escribió que “cada poema particular habla desde la totalidad del poema único y lo dice cada vez”. En el mismo sentido, Gutiérrez Vega ha externado que todos sus poemas constituyen en realidad un solo texto. En su caso, ese poema único, plasmado en una veintena de libros, es la bitácora del viajero que ha recorrido con asombro ciudades y países, así como los territorios de la memoria y los senderos del tiempo, de la belleza, del amor, de la ironía, sin desear nada y sin arrepentirse. Por eso escribe:

Nada puedo agregar al claroscuro  
que se destila en el pasado en claro  
y nada tengo en claro, sólo sé  
que ya no quiero nada...  
Já disse que nao quero nada...  
sólo pido los restos del crepúsculo  
y una tarde en el mar [...]

El poeta se sabe peregrino. Su recorrido por naciones y ensueños lo ha convertido en pasajero de la vida; en un viajero que alcanza su destino sólo para marcharse nuevamente. La existencia se convierte en un trayecto que terminará únicamente con la muerte. No es casualidad que su obra poética haya sido reunida por el Fondo de Cultura Económica bajo el título de *Peregrinaciones*. Ni que esta antología se denomine *Peregrinajes*. Para la Real Academia de la Lengua, “peregrinar” significa “andar por tierras extrañas”. En ese sentido, para Gutiérrez Vega vivir es andar por tierras extrañas, tanto en sentido real como figurado, y sus palabras constituyen las cartas de relación que el viajero lanza al mundo mientras su movimiento continúa.

En uno de sus más bellos poemas, sin embargo, el poeta revela su deseo de detenerse, de llegar a un lugar definitivo; pero ese anhelo, a fin de cuentas, resulta inútil porque:

No somos más que un pañuelo  
agitado por el viento de los muelles.  
Nuestro deseo es llegar,  
pero siempre nos vamos.

La metáfora es cruel. No logramos quedarnos, el tiempo, sin piedad, nos arrastra siempre hacia destinos nuevos.

Más allá de su connotación geográfica, peregrinar significa también incursionar en los universos que instaura la poesía, recordar por ejemplo:

el verano de fuego y, en la alta madrugada, el olor de la sal, el aroma de los pinos y las voces de las muchachas escondidas entre las ruinas.

O contemplar cómo:

El viento gira, dueño de todo, por las calles de la isla, levanta papeles, rasga banderas y derrota a las últimas hojas de las moreras.

Significa también recorrer la memoria para recuperar los aromas de la infancia, el horizonte de los maizales, hace tanto perdido.

## **Bitácora de viaje**

He dicho alguna vez que el testimonio que ha elaborado Gutiérrez Vega a través de los años es intenso y hermoso; se despliega cristalino y cálido, y se ramifica —árbol de luz— unas veces aquietado en el instante y, otras, expandiéndose y condensándose en su respirar rítmico y pausado. Luz crepuscular, fuego claro que ilumina las cosas cotidianas y las

impregna de melancolía; claroscuro que permite observarlas, transfiguradas, al mostrar las aristas ocultas de su esencia. Su ritmo, consistente y sereno, deja en el oído la contundencia líquida de sus evocaciones, como en los versos que siguen:

Por las arduas colinas de tu cuerpo  
van mis ojos desnudos  
contemplando  
los tersos panoramas, precipicios [...]

O en estos otros:

[...] A la orilla de Soria me detuve  
y vi la torre de la Iglesia de Lagos  
encendida en el aire de Jalisco.

Evocación, nostalgia, voz que construye —que rescata— lo vivido y lo enlaza con la imagen presente, en una nueva configuración. El lenguaje da cuerpo al poema tejido finamente y su textura fonética utiliza un código sonoro que traza equilibrios, iteraciones y contrapuntos, y los conjuga en una arquitectura de media luz, en donde se revela —a través de una sintaxis clara— el juego de los significados, el florecimiento semántico de la palabra:

Me asomo y veo tu cuerpo  
entre las sábanas,  
siento tu respiración lenta.  
Todo está vivo.

O también:

Cerré los ojos y, al abrirlos de nuevo,  
el corazón latió con tanta fuerza  
que me dolió la vida.

Palabras, imágenes, estallidos. Línea tonal que recupera el mundo desde otra perspectiva, para habitarlo, enriquecido, nuevamente. En la poesía de Hugo, cada reminiscencia, cada

ciudad —sin renunciar a su ser— se transforma en *otra*. La poesía, al nombrar el objeto, lo transfigura y lo integra en un universo distinto al cotidiano, accesible tan sólo a través de la puerta que la palabra indica. En el nuevo horizonte desplegado, el lector recupera el sendero que conduce a la visión poética, donde, una calle cualquiera, de Salvador de Bahía por ejemplo, se convierte en escenario donde:

Por este resplandor vivo y ruinoso  
pueden los ojos desandar el tiempo.

Y es que este corazón, siempre en peregrinaje, descubre en la poesía misterios cotidianos, la sustancia esencial de los rasgos del mundo, su fundamento:

Lancé mi corazón por esas calles  
que vuelven a sí mismas,  
y caminé sin guías por el crepúsculo.  
Olía a maracuyá, a sol herido,  
a cuerpos asaetados por la pena [...]

Todo cobra sentido en la palabra poética. En ella se abre, como una flor, la imagen que trae de nuevo hasta nosotros la experiencia perdida.

Es ahí donde el poeta y el receptor de la obra se encuentran y comparten el mundo transformado. Por ello en su libro *Cuando el placer termine*, Gutiérrez Vega ofrece un trato a sus lectores:

Nos encontramos y tengo mucho que decirte. No sé si lo haga bien. Sé que me gusta decirlo.

Te propongo un juego con palabras como piedras de colores. Si encuentras en lo que digo algo que te pertenece el juego seguirá, porque mis palabras son tuyas y de todos. Lo único que hace la poesía es cantar lo que a todos pertenece.



El canto del poeta adquiere, así, la dimensión de un canto colectivo. Y cada verso se vuelve un instructivo para recuperar la luz desde la página. Todos —es cierto— estamos de paso; por eso en sus libros descubrimos aquello que también nos pertenece.

## La ironía y ese suave desparpajo

La poesía de Hugo mira hacia la profundidad, pero no por ello se vuelve pretenciosa. En “Amor y *pop corn*” nos revela que:

nuestro deseo era escapar  
de los lugares comunes  
abominar de la melcocha sentimental  
inaugurar palabras

Y lo hace. Por eso, cuando se le pregunta sobre su poética, responde:

Apuesto a favor de la transparencia y declaro mi tedio ante el metaforeo delirante y otras técnicas para oscurecer el poema, evitando así que sus trampas y fallas sean demasiado visibles. Sin duda Borges y Kavafis son mis maestros en estas cuestiones de la simplicidad.

Gutiérrez Vega se aleja de formalismos y poses literarias. El tono coloquial que prevalece en sus textos suele ser abierto y desenfadado; da cabida en sus versos a expresiones comunes que refrendan su rechazo a la afectación y a la cursilería. Crea, en su momento, un lenguaje nuevo; se aleja de las fórmulas “poéticas” y recurre al habla del desenfado para darle estatuto de poesía. En su texto “La calaca”, escribe por ejemplo:

¿En qué quedamos, pelona,  
me llevas o no me llevas?  
[...] viene la muerte cantando detrás de la nopalera.  
La luna de noviembre es un gran cráneo  
y el país entero llora de risa.

No hay intención de dramatizar los hechos, sino de presentarlos con palabras cotidianas, acompañados a veces de cierto humor burlesco.

En “Finale” va más allá y se da el lujo de ironizar sobre sí mismo:

Debería callarme el hocico  
y evitar las calles adyacentes.  
Voy exhibiendo la cabeza rota,  
los agujeros en los pantalones; [...]  
Debería callarme el hocico y escribir solamente en los  
retretes [...]

En “Suite doméstica” se describe también con ironía:

Porque soy un señor domesticado  
que escribe versos  
y gesticula en los parques,  
digo que nada pido.  
La vida ha derramado su cornucopia  
sobre mis zapatos.

Todo cabe en sus versos: la transparencia de la imagen y la irreverente humorada; los paisajes deslumbrantes de ciudades lejanas y el perro de la carnicería; el cuestionamiento sobre la vida y las peripecias de Borola Tacuche de Burrón; la descripción sensual de la mujer y la de “Tiburcia, nacida en Irapuato el 18 de marzo de 1933 y muerta en el manicomio de Mixcoac [...]”.

El habla cotidiana, tocada por la tinta del autor, se convierte en camino hacia la revelación poética. No hay afectación sino cercanía, no hay rebuscamiento sino un deslumbramiento silencioso, sobrio, como el de las estrellas en la noche. El poeta canta lo efímero, el descubrimiento de que la vida, incomprendible, pasa; pero sabe que la poesía puede iluminar ciertos momentos y dejarlos encendidos para siempre.

Pero el viajero no sólo recorre países y ciudades, sino también los callejones de la memoria y los pasadizos del sueño. Hay lugares perdidos de la infancia que ahí se recuperan; ciudades interiores que también se visitan:

Yo te soñé, Ciudad,  
formé tus calles,  
disipé tus ruinas,  
levanté catedrales en el viento  
y coloqué tus piedras inmortales,  
[...]  
Ciudad de sueño  
cómo pesa tu piedra contra el tiempo.

Y siempre, la pregunta que persiste; la inquietud que no cesa:

¿No terminará nunca la galería del sueño?  
¿Qué hay detrás de este andar sin ver caminos?  
¿Dónde se detendrán nuestras palabras?

La respuesta es el silencio que aparece detrás de la poesía:

Amigo, el tiempo no responde  
está dormido Dios.  
Tú y yo estamos aquí, tocando con los dedos  
la inútil galería.

Peregrinar, impulsado por el tiempo, es nuestra forma de existir en el mundo. El libro de la vida se escribe en este viaje y su obsequio es permitirnos dejar un testamento: un recuento de nuestro paso por la Tierra. Y detrás hay silencio. El silencio

indispensable para elevar el canto. Ése es el sentido de la poesía. Así, se vuelve necesario retomar la herencia de poetas preteritos y seguir el camino —nuestro camino— siempre diferente, siempre interrumpido, hacia la luz que revela la palabra. Hugo Gutiérrez Vega bien lo sabe, por eso escribe convencido:

Ahora  
retomemos  
el salterio olvidado

Somos  
la nueva voz  
el polvo nuevo  
de la palabra antigua.



# Al Lector

Gracias a estas palabras  
que me son dichas al oído por seres silenciosos  
nos encontramos  
sobre la superficie de este papel nuevo.  
Mi locuacidad es más poderosa que mi orgullo  
y por ella te encuentro en este bosque de papel.  
Muchos poetas escriben para levantar el pedestal  
que los hará visibles dentro de mil años  
y pagan su ambición  
con el alto precio de la inmovilidad  
ahí están en los parques con sus libros bronceados  
y la mirada siempre hacia dentro de todas las estatuas.  
Otros cacaraquean  
anunciando el nacimiento de un nuevo poema  
y algunos cantan nada más porque sí  
sin preocuparles la intemporalidad  
cantan aquí y ahora.  
A veces pienso en el siglo y en nuestro momento.  
Me gusta la vida  
y me aterra la posibilidad de que la destruyan.  
Nos encontramos y tengo mucho que decirte.  
No sé si lo haga bien.  
Sé que me gusta decirlo.  
Te propongo un juego con palabras  
como piedras de colores.

Si encuentras en lo que digo algo que te pertenezca  
el juego seguirá  
porque mis palabras son tuyas y de todos.  
Lo único que hace la poesía  
es cantar lo que a todos pertenece.



# La estación destructora

*¿Dónde te escondes, oh consuelo del mundo?*

Novalis

*A Ignacio Arriola*

Agitando las manos  
hasta llegar a la agonía perfecta.  
Con los ojos abiertos  
a las pequeñas cosas  
presintiendo la llegada  
de la estación destructora.

El miedo en el jardín  
acongoja  
al frío de la estatua.  
Tendidos en la hierba  
esperamos el momento  
de la siega.

No hay más realidad  
que esta pálida espera  
no hay más voces  
que las del miedo oculto  
tras la sombra  
de esta noche interminable  
que se desploma  
sobre el jardín.

*De Buscado amor (1965)*

## Letanías de la madrugada

Las ocho palabras del encantamiento  
el círculo de ceniza...  
a las doce de la noche  
las brujas de Macbeth cantarán de nuevo  
las palomas negras rondarán ciegas por los campanarios.

Esta noche andan sueltos los presagios  
en las calles de los cuatro continentes.  
Hemos de inventar nuevas palabras  
para encantamientos.  
Las viejas brujas cuentan sus huesos de gato  
sobre el terciopelo negro y no hay respuesta.  
Las ramas del árbol santo recorren los cuerpos  
pero cae la gota serena  
ya no hablan los ojos de los gatos  
no hay respuesta en el caldero de los sortilegios.  
El sacerdote quema incienso y no hay respuesta.

Digamos palabras  
una, dos, cien, mil palabras  
hagamos ruidos con huesos frotados  
campanas benditas  
matracas de cuaresma  
magnavoces  
grabadoras  
claxons  
gargantas  
trompetas

tal vez se haga el milagro  
y se descifren los signos  
en la madrugada de los aeropuertos.

De *Desde Inglaterra* (1971)